

El poder de los textos sagrados

Daniel Biltereyst y Veva Leye

Si se realizara una encuesta en la que se tuvieran que nombrar los textos más importantes en el campo de la comunicación internacional y, en general, de los estudios de los medios de comunicación, es muy probable que el Informe MacBride figurara entre los más citados. El hecho de que el informe *Un solo mundo, voces múltiples* se haya convertido en un original tan escaso, y que no se haya vuelto a publicar íntegramente desde 1980 no ha hecho sino aumentar su valor canónico. Desde que la Comisión Internacional de Estudio de los Problemas de la Comunicación, o Comisión MacBride, que empezó a trabajar en 1977, presentó sus conclusiones tres años después en la Conferencia General de la Unesco, el Informe MacBride ha generado debate no sólo dentro de la misma comisión, la escena política internacional o el sector de los medios y las comunicaciones.

También ha generado discusión dentro del mundo académico, donde los especialistas se han peleado por los significados y las implicaciones de este texto y han estimulado la investigación académica crítica sobre el legado del Informe. Aunque el Informe MacBride puede considerarse un texto muy discutible y de múltiples facetas, con un espíritu legendario de compromiso, se ha terminado por mitificarlo porque se considera que vale la pena luchar

(o seguir luchando) por los principios que plantea. Entre estos principios encontramos ideas como el derecho a comunicar, un nuevo orden mundial en el ámbito de los medios y la comunicación, la promoción de la cooperación internacional, el desarrollo de una auténtica independencia y autonomía, la mejora de las fuentes internacionales de información y la mejora de las condiciones de trabajo para los periodistas, la democratización de la comunicación, etc. El legado puso de manifiesto la idea de que la información y la comunicación son un recurso vital y liberador para la emancipación económica, social y cultural. El Informe MacBride contó con la participación de expertos y estudiosos externos, y ejerció mucha influencia sobre el conocimiento en el campo de la comunicación internacional, donde hasta hoy ha dado lugar a iniciativas para la supervisión de los medios y la comunicación mundiales.

No obstante, se han sucedido las críticas al Informe, por ejemplo, por su tono de compromiso, sus principios vacíos y su naturaleza ateorica y ahistórica. Según los economistas políticos, como Herbert Schiller, el informe no investigó a fondo los modelos de control. Otras críticas se centran en las asunciones de los efectos generales y positivos de la comunicación¹, la falta de una perspectiva de género², o el tratamiento insuficiente de la relación entre la cultura y la política de comunicación³. Según Hamelink, “la estructura de las recomendaciones presentaba unas deficiencias que comportaban casi inevitablemente su ineficacia”⁴. Algunos lo consideraban demasiado conservador, otros, demasiado crítico. Estos últimos le reprochaban sobre todo que supusiera una amenaza para la doctrina de la libre circulación de la información, con el intento de imponer reglas, códigos, nuevas estructuras y otras intervenciones “centralizadas”. Desde una perspectiva más reciente, se podría considerar que el Informe descuidaba o incluso dejaba de lado la dinámica de lo que ahora se

Daniel Biltereyst

Profesor de estudios de medios de comunicación culturales y de comunicación internacional en la Universidad de Gante (Bélgica)

Veva Leye

Investigadora doctoranda del Fondo para la Investigación Científica de Flandes (Bélgica)

conoce como sociedad civil y su fe en el poder de las organizaciones, los movimientos y los valores de interés público.

Lo que sucedió después de la presentación del Informe MacBride es sobradamente conocido. Su acogida por parte de la Unesco, de la escena política internacional y de los medios de comunicación se podría afirmar que fue, cuando menos, tumultuosa y que abrió una brecha más profunda entre las diferentes partes del debate sobre el Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación (NOMIC). No obstante, el informe y su controvertida acogida histórica deben analizarse como signo de los tiempos, en medio de los cambios en las relaciones de poder y la emergencia de una (geo)política capitalista más ofensiva. En la década de 1980, la comercialización, la desregulación, la liberalización y las políticas de libre comercio dominaron el nuevo discurso político y también el campo de los medios y la comunicación, donde las nuevas TIC denotaban la euforia de la globalización.

Es cierto que la Comisión no podía prever los profundos cambios políticos, económicos, socioculturales y tecnológicos que se producirían en la década siguiente. A pesar de todo, si bien en los años ochenta y noventa el debate sobre el Informe MacBride y el NOMIC desapareció de la agenda de la Unesco, sí que se mantuvo vivo en la agenda de una incipiente sociedad civil mundial.⁵ Este debate adoptó formas muy diversas, desde la Mesa Redonda MacBride, un grupo de defensa del derecho a la comunicación que se reunió anualmente entre 1989 y 1999, hasta, más recientemente, la Campaña por los Derechos de la Comunicación en la Sociedad de la Información⁶.

La supervivencia del legado del Informe MacBride responde al hecho de que, aunque el mundo ha cambiado sobremanera, siguen plenamente vigentes muchas cuestiones relativas a los desequilibrios y las desigualdades de los medios y la comunicación. Las comparaciones en términos de desigualdad de medios, información y comunicación se expresan actualmente de una manera más elegante en términos de una brecha digital. Sin lugar a dudas, los flujos mundiales de medios y comunicación han cambiado, pero las tendencias principales siguen poniendo de manifiesto un desequilibrio, mientras que las grandes multinacionales ejercen aún sus actividades principalmente desde uno de los tres centros político-económicos. Todavía

es necesario un modelo de supervisión sistemática de la comunicación internacional; mientras, el derecho a comunicar sigue siendo un principio que hay que reivindicar. La alta comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Mary Robinson, afirmó hace un par de años que “el aumento de la reacción violenta contra la globalización se debe al hecho de que, en primer lugar, sus beneficios y oportunidades se han concentrado de forma exagerada en un grupo relativamente reducido de países, y se han distribuido dentro de este grupo de una manera irregular”⁷.

Mientras tanto, el Informe MacBride ha acabado convirtiéndose en una referencia mítica en el campo de las comunicaciones internacionales y nadie sabe exactamente quién se ha leído realmente esta obra canónica. Si prestamos atención a los comentarios de Cees Hamelink sobre la “ad-hocracia” de la Comisión⁸, se nos plantea una cuestión general sobre la naturaleza de estas comisiones. A menudo, sus recomendaciones no son jurídicamente vinculantes, lo que se ha vuelto a poner de manifiesto con la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo de la Unesco (1995), cuyo informe, *Nuestra diversidad creativa*, sugería propuestas bastante radicales en relación con los medios de comunicación. Sin embargo, como indicaron O’Siochru, Girard y Mahan, estas propuestas “no llegaron nunca a la siguiente conferencia de la Unesco en 1998 y se hundieron sin dejar rastro”⁹. Así, desde una perspectiva posmoderna, las aseveraciones sobre la verdad que realizan estas comisiones deberían ponerse en tela de juicio. Esto nos recuerda la confianza en “la posibilidad de investigar libremente la verdad objetiva”, avalada en el preámbulo de la Constitución de la Unesco por parte de los Estados miembros de la organización. La historia nos ha demostrado, no obstante, que existen también “muchas verdades, pero sólo un mundo”.

Notas

- 1 BASIL, M. (1999). «Unresearched Assumptions in the MacBride Report», en: VINCENT, R. C.; NORDENSTRENG, K.; TRABER, M. (eds.), *Towards Equity in Global Communication. MacBride Update*. Cresskill (Nueva Jersey): Hampton Press, pp. 223-232.
- 2 O'SIOCHRU, S. (2004). «Will the Real WSIS Please Stand Up? The Historic Encounter of the 'Information Society' and the 'Communication Society'». *Gazette: The International Journal of Communication*, 66 (3-4), pp. 203-224.
- 3 ADY, J. C. (1999). «Transcending the Dialectic of Culture», en: VINCENT, R. C.; NORDENSTRENG, K.; TRABER, M. (eds.), *Towards Equity in Global Communication. MacBride Update*. Cresskill (Nueva Jersey): Hampton Press, p. 213.
- 4 HAMELINK, C. J. (1997). «MacBride with Hindsight», en: GOLDING, P.; HARRIS, P. (ed.), *Beyond cultural Imperialism. Globalization, Communication and the New International Order*. Londres: Sage, p. 86.
- 5 CALABRESE, A. (2004). «The Promise of Civil Society: a Global Movement for Communication Rights», en: *Continuum: Journal of Media & Cultural Studies*, 18 (3), pp. 324-325.
PADOVANI, C. (septiembre 2004). *Debating Communication Imbalances: From the MacBride Report to the World Summit on the Information Society. An Application of Lexical-Content Analysis for a Critical Investigation of Historical Legacies*.
http://www.ssrc.org/programs/itic/publications/knowledge_report/memos/Padovanimemo4.pdf.
NORDENSTRENG, K. (1999). «The Context: The Great Media Debate», en: VINCENT, R. C.; NORDENSTRENG, K.; TRABER, M. (eds.), *Towards Equity in Global Communication. MacBride Update*. Cresskill (Nueva Jersey): Hampton Press, p. 262.
- 6 Cf. Padovani (2004) y O'Siochru (2004).
- 7 Ponencia para la Fundación Ética Mundial, 21 de enero de 2002:
http://www.weltethos.org/dat_eng/st_9e_xx/9e_144.htm.
- 8 “Podría parecer que la creación de estas comisiones refleja una nostalgia por la vieja confianza en los hechiceros que poseen el poder misterioso de agitar su varita mágica para resolver problemas desconcertantes.” (Hamelink, 1997: 89-90).
- 9 O'SIOCHRU, S.; GIRARD, B.; MAHAN, A. (2002). *Global Media Governance. A Beginner's Guide*. Lanham (Md.): Rowman and Littlefield, p. 124.